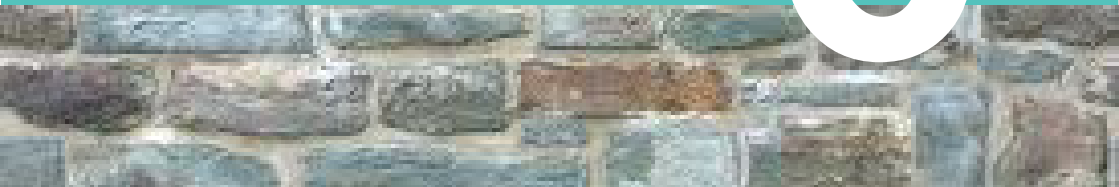


Orden Franciscana Seglar

Nuestra Regla y Vida

Itinerario Franciscano para la Formación
OFS Argentina 1998-2000
Reedición 2014

6



Texto de la Regla

Artículo 6.

Sepultados y resucitados con Cristo en el Bautismo, que los hace miembros vivos de la Iglesia, y a ella más estrechamente vinculados por la Profesión, háganse testigos e instrumentos de su misión entre los hombres, anunciando a Cristo con la vida y con la palabra.

Inspirados en San Francisco y con él llamados a reconstruir la Iglesia, empuñense en vivir en plena comunión con el Papa, los Obispos y los sacerdotes, en abierto y confiado diálogo de creatividad apostólica.

Contemplación:

La primera vez que Francisco oyó la voz de Cristo en San Damián, Él le dijo: “Francisco, repara mi Iglesia”. Desde entonces es este uno de los principales carismas de la Orden: Estar unidos a la Iglesia con lazos de un amor obediente y lleno de paciencia.

Los franciscanos hemos tenido siempre una forma muy propia de ser Cuerpo Místico, pero hemos sido ejemplo vivo de lo que predicábamos y así fuimos ganando espacio para el seguimiento de Cristo de un modo radical, sin por eso dejar de ser obedientes a la “Madre Iglesia”. Y quizá sea esta la mejor manera de “repararla”. No puede repararse lo que no se ama en profundidad. Corregimos a nuestros hijos con amor, sin poner distancias. Antes bien, nos unimos más a ellos en esas correcciones. Estamos amando así lo que son y lo que están llamados a ser. Del mismo modo con la Iglesia que formamos.

En el medioevo surgieron las órdenes mendicantes para “reparar” la iglesia desde adentro. Sus fundadores (Francisco, Domingo) fueron “escuelas vivientes” de vida evangélica. En ellos se cumplió aquello de “miren como se aman”. Ellos anduvieron por el mundo enseñando con el ejemplo de sus vidas ofrendadas. Y lograron reparar lo que estaba quebrado, enderezar lo que se torcía, unir lo que estaba separándose.

La “plena comunión con el Papa, los Obispos y los sacerdotes, en



abierto y confiado diálogo de creatividad apostólica” que profesamos con nuestra Regla adquiere en estos tiempos una característica similar a la de aquel entonces. Se necesitan escuelas vivientes. Maneras evangélicas de vivir, para que la gente se acerque diciendo “miren como se aman”.

Hoy es moneda corriente “cuestionar el poder”, pretender organizaciones comunitarias sin jerarquías. Pero “el sacramento del orden muestra cómo, a través de las realidades del poder, las comunidades cristianas esperan encontrar a un Dios que libera, en lugar de unos hombres que oprimen” (Gérard Fourez, “Sacramentos y vida del hombre”).

Para que haya un cierto orden son necesarias unas estructuras institucionales. En ellas son inevitables los conflictos, aunque sea porque los criterios y deseos que mueven a los hombres a veces son diferentes. Los conflictos surgieron también entre los apóstoles. No es posible una espontaneidad absolutamente armoniosa ni una sociedad sin poder ni estructura, porque si esto sucediera se daría el poder absoluto de los más fuertes. Efectivamente, “entre el fuerte y el débil, la institución del poder (la ley) libera, mientras que la libertad omnímoda oprime” (G.Fourez, op.cit.)

Por eso Jesús enseñó con su vida cómo deben ser los que tienen el poder en las comunidades cristianas. No precisamente como los que lo ejercen en el reino de este mundo. Él pasó la vida sirviendo, lavó los pies y dio su vida por amor.

Entonces, el sacramento del Orden, en realidad, es la garantía de la unidad de la Iglesia. Por eso Francisco amaba y respetaba tanto a los sacerdotes, que ni siquiera se consideró digno de ser uno de ellos. Las manos del sacerdote consagran el pan que nos une. La palabra del sacerdote predica la palabra que nos congrega. El celibato del sacerdote nos permite tener un hermano que vive consagrado sólo a nosotros.

“Hermanos, les rogamos que se muestren agradecidos con los que se afanan por ustedes, para dirigirlos y aconsejarlos en las cosas del señor. Ténganles mucho aprecio y cariño por lo que hacen, y vivan en paz entre ustedes.” (1 Tes. 5,12-13)

¿Tenemos esta ternura de corazón hacia los Obispos y sacerdotes?
¿Somos pacientes con sus limitaciones o somos jueces implacables?

Recordemos que nuestra principal acción es la oración. Oremos siempre por ellos. También por el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas.

PARA REVISAR Y PENSAR:

Nuestros pastores...

“...empéñense en vivir en plena comunión con el Papa, los Obispos y los sacerdotes, en abierto y confiado diálogo de creatividad apostólica.” (Regla 6)

Con el párroco

¿Cómo es el diálogo con nuestro párroco? ¿Estamos comprometidos en acciones conjuntas? ¿Hay acciones que podríamos compartir...?

Con el obispo

¿Conozco a mi obispo? ¿Nos hemos acercado a él como Fraternidad? ¿Le hemos invitado a visitarnos?





Texto de Jaime Zudaire:

“Es un deber de todo bautizado y una exigencia interior del carisma, el que todos los terciarios permanezcan vitalmente unidos a la comunidad eclesial y a la Jerarquía. La tercera Orden no debe ser un obstáculo para esta inserción en la vida de la Iglesia; debe ser más bien una transparencia de la Iglesia, una experiencia de la Iglesia como espacio de fe y como comunión.

Para ser plenamente eclesial, la Tercera Orden Seglar debe estar inserta orgánicamente el Pueblo de Dios, en su misión y en su comunión. Los terciarios viven su misión y su inserción en la vida eclesial a nivel de comunidad diocesana reunida en torno a su obispo, maestro y pastor, deben ser modelo de fidelidad creativa y de diálogo sincero. A su vez, el obispo debe acogerlos de tal modo que ellos se integren a la comunidad diocesana, manteniéndose fieles a su propia identidad.”

¿Estamos atentos a las propuestas y enseñanzas de nuestro Obispo?

¿Participamos de la “Pastoral de Conjunto” diocesana?

¿Nos ocupamos de conocer, estudiar, poner en práctica y divulgar las Declaraciones de la Conferencia Episcopal Argentina?

¿Conocemos y ponemos en práctica los documentos de la Conferencia Episcopal Latinoamericana?



En las FUENTES FRANCISCANAS:

Francisco quiere vivir el Evangelio bajo la autoridad de la Iglesia romana

Al ver aumentar poco a poco el número de los hermanos, el siervo de Cristo puso por escrito para sí mismo y para ellos, en pocas palabras muy sencillas, su ideal de vida: un elemento fundamental e indiscutible, el Evangelio; además, algunos puntos necesarios para la uniformidad en el modo de vivir. Quiso la aprobación del Soberano Pontífice y, rechazando todo apoyo humano pero seguro de la asistencia divina, resolvió ir a presentarse a la Sede Apostólica con su grupo de varones sencillos. (LM 3, 8)

El Altísimo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio; por lo cual, la hice escribir con pocas y sencillas palabras y el Señor Papa me la confirmó. (Test. 15)

Todos los hermanos sean católicos; vivan y hablen como católicos. Si alguno se desviare de la fe y vida católicas en palabras o en obras y no se enmendare, sea definitivamente expulsado de nuestra fraternidad. (1R. 19,1-2)

Ella salvaguarda la pureza de nuestra vida evangélica.

El Señor, en su misericordia, me dio y me dará muchos hijos que con mis solas fuerzas soy incapaz de proteger. Es preciso, pues, que los confíe a la santa Iglesia para que ella los guarde a la sombra de sus alas, los proteja y gobierne. (TC. 63)

Francisco cree en la Iglesia y la venera:

Su primer e inalterable principio era el siguiente: firmemente venerar y seguir la fe de la santa Iglesia romana, la única que puede proporcionar la salvación a los hombres. (1C. 62)

A fin de que, permaneciendo siempre sometidos a esta misma Iglesia y postrados a sus pies, afirmados en la fe católica, observemos la pobreza, la humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que tenemos firmemente prometido. (2R. 12,4)

La respeta en su jerarquía:

Desde antes de su conversión, animado de sentimientos de gran respeto hacia toda la jerarquía de la Iglesia hasta en sus últimos grados, más de una vez regaló ornamentos sagrados a sacerdotes pobres. (2C. 8)

—el Papa,

Mando por obediencia a los ministros que pidan al señor Papa uno de los cardenales de la santa Iglesia romana para que sea gobernador, protector y corrector de esta fraternidad. (2R. 12,3)

—los obispos,

Iré donde el señor obispo que es padre y señor de las almas. (TC. 19)

—y los sacerdotes;

El Señor me dio y sigue dándome tanta fe en los sacerdotes que viven según las normas de la santa Iglesia romana, a causa de su carácter sacerdotal, que aun si me persiguieran, a ellos mismos quiero recurrir. (Test 6)

Si yo tuviera tanta sabiduría como Salomón y encontrase a pobrecillos sacerdotes viviendo según el mundo, no quiero predicar en sus parroquias contra su voluntad. (Test 7)

Quiero respetarlos, amarlos y honrarlos como a mis señores. (Test 8)

¡Ay de aquellos que desprecian a los clérigos! Pues, aunque fueran pecadores nadie debe juzgarlos porque sólo al Señor le corresponde el juicio. (Adm 26, 2)

—pues ellos son los ministros de la Eucaristía.

No quiero considerar pecado en los sacerdotes: pues, en ellos veo al Hijo de Dios y son mis señores. Así lo hago porque en este mundo no veo nada tangible del altísimo Hijo de Dios, sino su santísimo Cuerpo y Sangre que ellos reciben y sólo ellos administran a los demás. (Test 9-10)

Para seguir reflexionando:

Iglesia y jerarquía

Cierto que Francisco no aporta ninguna concepción esencialmente nueva sobre la Iglesia. Para él la Iglesia es la casa de Dios, y sobre todo, es la santa madre. Si en él —aspecto que hoy no podemos callar— aparece la Iglesia como equiparada, incluso identificada con la jerarquía y su clero, el motivo decisivo para ello está en que precisamente en la jerarquía y el clero encuentra él de forma concreta las funciones maternas de la Iglesia. Estas relaciones entre la Iglesia y su jerarquía y clero no son sino la consecuencia lógica de su devoción a la sancta Mater Ecclesia. (...)

“Sentire cum Ecclesia”

Por otra parte es singular la coherencia con la que san Francisco ha vivido su visión de la madre Iglesia hasta en los más pequeños detalles de su vida. Francisco aporta a la vida íntima de la Iglesia la gozosa plenitud, toda la riqueza de la nueva y tan personal piedad de su tiempo. Precisamente los elementos más valiosos de esta nueva actitud religiosa lo capacitan para dar un fundamento nuevo a la antigua verdad de la madre Iglesia, cuyas huellas venerandas sigue él con especial devoción. Creer, orar, vivir, obrar, pensar con la madre Iglesia, «Sentire cum Ecclesia», es para él un axioma tan evidente como el de guiarse por el evangelio. En este sentido podemos afirmar con todo derecho que él era la «eclesialidad personificada»

Por eso en un tiempo, como el suyo, de creciente individualismo, supo el combatir y atajar el peligro inyectando en la vida íntima de la Iglesia el valor eclesial de la vida cristiana, sobre todo de la vida religiosa.





El querer de la Iglesia

Francisco, como rara vez un hombre, estaba perfectamente dotado de dones naturales y sobrenaturales para el cumplimiento de su misión. Sin embargo, a la hora de actualizar estos carismas reconoce él con toda naturalidad, como límites siempre válidos, la voluntad y las normas de la Iglesia, la forma Sanctae Romanae Ecclesiae. Y conoce y reconoce esos límites aun cuando encuentre a la Iglesia en unos representantes pecadores v descalificados por un motivo cualquiera. Con una fe poco común venera el ministerio eclesiástico incluso en quienes lo llevan indignamente. Con delicada deferencia respeta y defiende su reputación.

Iglesia y personalidad

Con lo dicho hemos dado ya los rasgos fundamentales de la piedad eclesial de Francisco: no obstante estar carismáticamente agraciado, se siente estrechamente ligado a lo objetivo, a la palabra de Dios, que sólo la madre Iglesia transmite; a los sacramentos, por los que se posibilita la entrada v la vida en el reino de Dios; a la jerarquía, por la que Cristo dirige a todos y a cada uno en la Iglesia. En cualquier presentación de Francisco que quiera resaltar su fascinante personalidad no se puede pasar por alto este rasgo fundamental. Precisamente sus cualidades más personales, como su piedad, apostolado, comunidad fraterna, son las que le hacen sintonizar plenamente con la forma Ecclesiae y concretamente con la forma de la santa madre Iglesia romana.(...)



Renovación en la Iglesia

En tiempo de san Francisco existía lo que hoy llamaríamos conflicto entre un catolicismo moderno y una Iglesia conservadora. Piénsese en los numerosos movimientos religiosos de entonces, cuyos líderes se desesperaban ante la imagen visible que presentaba la Iglesia y se separaban de ella. La sencilla simplicidad y la fe humilde de Francisco hicieron que él salvara el difícil equilibrio entre los justificados deseos de los nuevos tiempos y los legítimos derechos de la «vieja» Iglesia. Todo lo exterior le ayudaba a introducirse sereno en el mismo ser de la Iglesia, y de esta forma encontraba a la madre sin la cual ni quería ni podía vivir el nuevo espíritu.

Lo que tan profunda y atinadamente decía santa Clara de la bienaventurada Inés de Praga, podemos aplicarlo sin reservas a Francisco: con su palabra y con toda su vida el santo fue un colaborador de Dios para la Iglesia de su tiempo y un denodado refuerzo para los miembros vacilantes de su cuerpo místico.





Y lo es para la Iglesia de todos los tiempos por su espíritu siempre vivo y por su obra universal. De ésta se puede hoy decir lo que ya entonces se dijo: «Con su triple ejército de los que han de salvarse, gózase hoy la Iglesia del éxito de la regla en los hombres y mujeres que la siguen» Dificilmente podríamos expresar mejor el contenido y significación de la piedad eclesial de Francisco que con aquellas sencillas palabras atribuidas a uno de los compañeros de san Francisco, el hermano Gil de Asís, y que manifiestan el espíritu del fundador de la orden: «¡Oh santa madre Iglesia romana! Nosotros, ignorantes y míseros, no te conocemos ni conocemos tu bondad. Tú nos enseñas el camino de la salvación, lo preparas y lo muestras. Quien lo recorre, no se desvía, sino que se encamina hacia la gloria»

Fuente:
Esser, K. O.F.M. "Temas espirituales"

Oración:

Padre, nos diste una tierra para habitar.

Nos diste inteligencia y corazón
para disfrutar de la creación.

Entregaste a tu hijo para nuestra salvación
cuando nuestra rebeldía nos alejó de tu presencia.

Nos diste la Iglesia para sembrar el Reino en esta tierra.
Ayúdanos a vivir congregados en el amor.

Se necesitan hermanos que se amen para ser Iglesia de Cristo.

Danos el don del amor verdadero.
Ilumínanos para ser uno con el Papa y los obispos, los sacerdotes y
diáconos.

Te lo pedimos por la intercesión de María,
modelo de obediencia evangélica y amor oblativo. Amén

